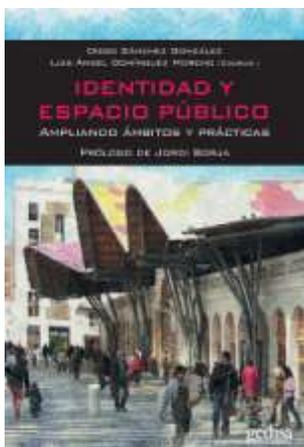


IDENTIDAD Y ESPACIO PÚBLICO. Ampliando ámbitos y prácticas

Sánchez González Diego y Domínguez Moreno Luis Ángel (Coords.)

Gedisa Editorial. Barcelona 2014



La idea de lo público ronda numerosas acepciones y variadas disciplinas. El concepto se ha abordado desde lo antropológico, político, jurídico, psicológico, sociológico, geográfico, entre otras iniciativas. Dada esa profusión de análisis, casi siempre nos quedamos con la idea del espacio público-político como una especie reservada para los grandes teóricos, algo así como un *topus uranus*, y poco se piensa en la relevancia que tiene pensar en las ciudades como sedes de la vida pública.

Justamente es desde esta conceptualización que Jordi Borja afirma: “El espacio público es la ciudad”, en el prólogo de este muy interesante libro. Para bien o para mal, la ciudad es un espacio, una forma de sentirse seguro, protegido; pero también puede encerrar un sentido inverso: puede ser un lugar de conflicto, de inseguridad. Por otro lado, la ciudad es también zona de aventura, de experiencias, de encuentros y desencuentros. Entre otras ideas, las ya mencionadas son parte fundamental del libro *Identidad y espacio público* que, para los fines de la comprensión se encuentra dividido en dos partes: la primera se refiere a los “Procesos identitarios en la configuración del espacio urbano”. Dentro de esta perspectiva, se acomodan textos tales como los siguientes: “Identidades cosmopolitas y territorialidades en las sociedades posmodernas”, “El habitar de la ciudad”, “Las redes topológicas del urbanita

y la figura del transeúnte”, “La ciudad como valor e identidad”, “La identidad social urbana como instrumento para mejorar el bienestar humano”. En la segunda parte que se titula “La identidad como catalizador del espacio público, nos encontramos, en cambio, con textos como: “Identidad y espacio arquitectónico”, “Identidad y diferencia en la ciudad genérica y en la ciudad histórica. Percepción y prácticas espaciales”, “Espacio público y calidad urbana”.

En ese trajinar por textos diversos de distintos autores referidos a la ciudad, el libro nos lleva a la reflexión de datos muy interesantes de corte urbanístico, arquitectónico, de gerontología ambiental, calidad urbana y, sobre todo, de las ciudades como lugares de construcción de bienestar humano. Varias referencias, en línea con autores como Marc Augé, nos ayudan a pensar a las ciudades como lugares de encuentros, de relacionalidad, particularmente lugares que conforman identidad. Por un lado, la lectura también nos conduce a otros parajes intelectuales que presentan a la ciudad como zonas de deterioro de la identidad a partir de fenómenos como la globalización. Finalmente, este es el tema nodal de la primera parte: la identidad y su vínculo con la ciudad. Es así como el hilo conductor de este segmento es la ciudad como el espacio que *puede* generar las condiciones para que el individuo se sienta protegido e incluido. “La ciudad, -señalan Nora Rivera y María Teresa Ledezma, (p. 91)-, es el factor determinante de la identidad para la sociedad, pues en ella se concreta la integración de la humanidad y se gestan los conceptos de convivencia y civilidad”. Una cuestión que así planteada no puede ocultar su dejo de añoranza. De todas formas, debido a que la dinámica económica, social, política y laboral, con la que convivimos en este siglo XXI hace cada vez más impactante los efectos de la globalización en las diversas sociedades, al reducir las viejas formas de construcción y mantenimiento de lazos físicos y simbólicos, en suma, de la vinculación de los ciudadanos entre sí o de éstos con la ciudad.

Fenómenos como la migración y la constante movilización social, entre otros, son una fuerte causa de la disolución de la identidad y el arraigo, al menos en su sentido tradicional,

dando paso, en consecuencia, a nuevas formas de identidad a partir de la movilización e intercambio cultural y social que caracteriza a la dinámica posmoderna. Hoy, en el lugar de las identidades tradicionales nos encontramos con identidades cosmopolitas o con identidades transnacionales, idea en la que coinciden varios de los autores de esta primera parte. Y si la ciudad ya no es ese factor determinante de identidad o “sentido inicial de ser social” entonces es posible estar de acuerdo con la afirmación de las mismas autoras ya citadas, que señala: “La pérdida de esa identidad humana básica ha sido parte fundamental de lo que nos ha llevado a la violencia y a la crueldad que se han manifestado abiertamente en las últimas décadas”. (p. 91).

Desde otra perspectiva, -Daniel Hiernaux-Nicolas, (p. 52)-, nos propone que la identidad, además, ya no es el producto de un “proceso de construcción territorial, es decir de la producción de un espacio particular por un grupo del cual derivará un género de vida y finalmente una identidad”, estamos ahora frente a identidades que “son creadas no por la producción, sino por el consumo potencial de cierto tipo de símbolos y de ciertas configuraciones espaciales”. Lo cual pone en evidencia que podemos vivir en cualquier ciudad pero sentirnos parte de cualquier otra en el mundo entero -o aspirar a vivir en cualquier otra ciudad o, incluso, sentirnos de ninguna parte. Un poco en la línea del “ciudadano-turista”, idea de Bauman.

Un tema atractivo, si se piensa la identidad social como instrumento para mejorar el bienestar humano, es el que plantea Sergi Valera, doctor en psicología y profesor de la Universidad de Barcelona. La idea de que “el ejercicio de dar significado a los espacios los convierte en *nuestros*” es básica para construir una relación vital entre espacio y persona, una relación mediada por la significación. El espacio tiene sentido sólo en la medida en que alcanza a ser significado por la persona. Así, señala Sergi Valera, “al dotar de significado a un espacio nos apegamos emocionalmente a los lugares, nos sentimos seguros y obtenemos bienestar psicológico, transformamos el espacio para nuestros intereses funcionales y

simbólicos, lo delimitamos, gestionamos y defendemos, nos identificamos con él, nos une grupal o socialmente”. (p. 101)

Para cerrar esta primera parte, vale recorrer el tema de los indicadores para medir la imagen de las ciudades. Un tema que bien puede orientarnos en la línea de valorar cómo son nuestras ciudades. Sin duda que cada uno de los indicadores nos llevará a reflexionar acerca de la calidad de nuestras ciudades y ¿por qué no? hasta involucrarnos en una revisión más exhaustiva junto con nuestros vecinos y amigos. La metodología propuesta por Del Barrio García et al. (2009) es retomada para evaluar los siguientes temas: 1. Atractivo arquitectónico. 2. Patrimonio histórico. 3. Medio ambiente. 4. Cuestiones sociales. 5. Oferta cultural. 6. Universidad. 7. Proyección internacional de la ciudad. 8. Innovación y nuevas tecnologías. 9. Oferta comercial y turística, 10. Cultura empresarial.

Ya en la segunda parte del libro, Pau Pedragosa, nos ofrece el texto: *“Identidad y diferencia en la «ciudad genérica» y en la «ciudad histórica». Percepción y prácticas espaciales”*. La ciudad genérica, concepto de Rem Koolhaas, tiene como característica ser una ciudad sin identidad, “ciudad sin atributo que las hace toda iguales, intercambiables entre sí”, ejemplo claro del capitalismo global. La ciudad genérica “es tan excitante como aburrida. Es superficial, (tanto) como un estudio de Hollywood puede producir una identidad nueva todos los lunes por la mañana”. (p. 225).

En contraparte, se sitúa la ciudad histórica que “depende de cómo los ciudadanos producen espacio de manera diferente en función de sus prácticas, de cómo viven y usan la ciudad”. Destaca en el trabajo de Pedragosa la idea de que la identidad histórica es condición para la existencia de un espacio público y de un mundo común, condiciones ambas que han desaparecido “porque los edificios se han convertido en objetos de consumo más que de uso”. La ciudad histórica es, en cambio, la ciudad del espacio público y el mundo común. En una mezcla de ideas de Arendt y Benjamin, Pedragosa propone que en la ciudad histórica los “ciudadanos se expresan mediante la palabra, en diálogo y debate, así como también hacen uso y se apropian del espacio urbano”. (p. 233).

Mario Cerasoli en *Espacio público y calidad urbana* (p. 235) alude a esa ciudad histórica, tradicional, en la cual era posible encontrar tres elementos básicos:

1. La definición de los límites –y sublímites- del organismo urbano.
2. La complejidad funcional.
3. La calidad del espacio público.

No deja de ser interesante su modelo propuesto de «grilla teórica» como forma de reorganización de la ciudad, sobre todo, dice él: “porque la gente necesita de una ciudad bella y funcional”.

Finalmente, me gustaría resaltar la importancia que conlleva el vínculo entre urbanismo, arquitectura, ecología, con seguridad e identidad, con tal de diseñar no sólo desde una perspectiva arquitectónica el modelo de ciudad, sino también cómo generar pautas que permitan el logro de una identificación y el orgullo del individuo con su ciudad, cómo construir una ciudad interesada en el bienestar y la felicidad de sus miembros. Es decir, una ciudad que haga sentir a cualquiera, nativo o visitante, como si estuviera en su propia casa. Desde luego, esto requiere de políticas públicas en las cuales el ciudadano también decida, proponga y se interese por la ciudad que desea vivir. Sin embargo, cómo hacerlo cuando la constante del espacio público es como lo dice Jordi Borja (p. 23): “la homogeneización y la atomización de los individuos desprovistos de sus teóricas cualidades, convertidos en clientes, consumidores, electores, que sobreviven asistidos, controlados, sometidos a los poderes del capital y de las instituciones”. Cuestiones que nos hacen reflexionar en medio de nuestras propias ciudades...

David Lara Catalán